

## LA VOCACIÓN, UNA MIRADA DE AMISTAD DE JESÚS.

Por Manuel Verdú Moreno

Rector del Seminario Mayor San Fulgencio y Menor San José.

Consiliario Diocesano de ACG. Diócesis de Cartagena

*La vocación significa llamada, llamada de Dios, una llamada originaria y amorosa a toda persona que se va plasmando en su "caminar vital", de modo que libremente busca esa plenitud que tanto desea. "Señor, ¿qué quieres de mí?"*

Cuando uno contempla el misterio de Cristo contempla la historia de amor más grande jamás contada, una historia que tiene su origen en Dios, pero que no se queda encerrada ni en un espacio ni el tiempo, sino que se realiza continuamente en la historia de cada persona que es capaz de descubrir la fuerza de la mirada de Cristo y decide seguirlo. Aquí está el inicio de esta experiencia de fe, que nos lleva a descubrir nuestra vocación. El Señor toma la iniciativa, pasa por nuestra vida, nos habla, nos mira y nos propone un camino nuevo por el que descubrir y dar un nuevo sentido a todo.

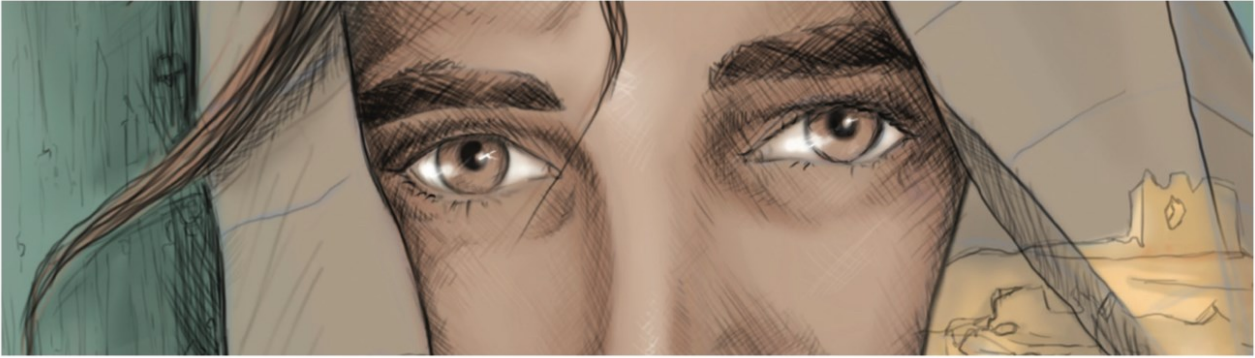
*Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía*



*y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.*

*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)». (Jn 1, 38-42)*

Al inicio de esta reflexión tengamos una actitud contemplativa para ser capaces de admirarnos ante la fuerza de esta mirada de elección que Cristo dirige, y que es capaz de trastocar los planes y proyectos de todos aquellos que se encuentran con Él. Una mirada arrolladora que sigue siendo tan real y penetrante que hoy todavía son muchos los que vuelven a responder con el deseo de seguirlo. Jesús sigue llamando, Él sigue mirando al corazón, de distintas maneras, en distintos acontecimientos y personas, y sigue invitando a participar de un proyecto distinto del que habíamos pensado cada uno. A veces, nos da un poco de miedo porque creemos que no va con nosotros, que no seremos capaces de abrazar su vida. Otras veces, simplemente ignoramos su llamada, porque nos desinstala de la vida que nos habíamos proyectado, nos



invita a dejarla y nos vemos incapaces de hacerlo. Y otras veces, nos fiamos, decimos sí y comenzamos a seguirlo. En cualquiera de estas situaciones tengamos la seguridad de que el que nos llama es el Señor y no nos abandonará, no se desentenderá de nuestra decisión libre de seguirlo. **Él lo pide todo, pero también nos lo da todo. Esto es la vocación.**

Centremos nuestra atención en el testimonio de Pedro que nos ofrecen los evangelios, para descubrir las tres miradas de Jesús que están detrás de todo proceso vocacional. Un encuentro, una palabra, una mirada... y lo dejaron todo y se quedaron con Él aquel día y siempre. Una primera mirada es la **mirada de elección**, que espera un sí por respuesta. La iniciativa siempre es de Dios que sale al encuentro de la persona, la busca, la mira y la llama. Jesús miró a Pedro y en aquel instante todo cambió para él. Le da un nombre nuevo y le ofrece una vida nueva que irá descubriendo día a día, momento a momento. En aquel instante se abre un horizonte nuevo en la vida de Pedro, ha dejado de ser un simple pescador para convertirse en pescador de hombres. Pero no es algo que consiga de la noche a la mañana, como por arte de magia, sino que serán necesarias otras muchas miradas de Jesús que le ayuden a comprender que el camino es distinto al que hasta ahora había recorrido, que el estilo es diferente y que la vida tiene otro color, otros matices, que por él mismo siempre será incapaz de percibir.

Una segunda mirada es la **mirada de conversión**, que nos hace darnos cuenta de to-

das aquellas redes que tenemos que dejar en la orilla para levantarnos con prontitud y seguir al maestro, "*«Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres»*". *Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron*" (Mt 4, 19-20). Seguirlo sin nada, para que Él nos lo de todo. Esto es lo más difícil, porque no se trata tan solo de dejar todo lo material para seguirlo, sino algo mucho más difícil, vaciar nuestro corazón de todo aquello que ocupa el lugar que solo le corresponde al Señor. La vida de Pedro, desde el momento de su llamada, fue un ir creciendo, podríamos decir golpe a golpe, hasta llegar a comprenderlo todo. Dios no cesa en su empeño de amarlo y hacerle descubrir el amor. Él lo ha creado, conoce su corazón y sabe la misión que le tiene preparada, solo le queda hacérselo descubrir con la dinámica propia del amor, que no anula la libertad, sino que acompaña, seduce y prepara el corazón haciéndolo capaz del Amor. Pedro recorre este camino desde aquel "*no me lavarás los pies jamás*" (Jn 13, 8), hasta el "*aunque tenga que morir contigo, no te negaré*" (Mt 26, 35). Y será quizá el momento más doloroso en la vida de Pedro el que más le ayude a comprender la dinámica del seguimiento del Señor. No son sus fuerzas lo necesario, no es su sabiduría o su manera de entender la vida, sino que el camino es otro, es el camino de la cruz, "*«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga*" (Mt 16, 24). Este momento doloroso al que me refiero es la mirada que Jesús dirige a Pedro, después de éste negarlo, por tres veces, tras su prendimiento.

*“Al verlo una criada sentado junto a la lumbré, se lo quedó mirando y dijo: «También este estaba con él». Pero él lo negó diciendo: «No lo conozco, mujer». Poco después, lo vio otro y le dijo: «Tú también eres uno de ellos». Pero Pedro replicó: «Hombre, no lo soy». Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo: «Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo». Pedro dijo: «Hombre, no sé de qué me hablas». Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente”. (Lc 22, 56-62)*

Aquel entusiasmo inicial por seguir a Jesús, ahora se convierte en lágrimas de dolor y arrepentimiento, en lágrimas de realidad al darse cuenta de que él mismo no es tan fuerte y poderoso, que su corazón no es tan libre y tan auténtico como el de Aquel que lo llamó y lo sigue llamando. En el fondo este momento en la vida de Pedro es una nueva llamada, una **llamada a comprender el camino recorrido, los aciertos y los fracasos y a dejarse hacer**. Esto es lo que, quizá, todavía no había aprendido, a dejarse hacer, a empezar a comprender el papel insustituible que tiene en su vida el Espíritu Santo, la acción de Dios en lo más profundo de su corazón. Es el momento de darlo todo. La mirada de Jesús no es de reproche por su negación, sino una mirada llena de la fuerza de un amor que cambia, que convierte, que invita a caminar de nuevo, pero de una manera nueva. El abatimiento de Pedro, su derrota, era necesaria para que se abriera la puerta de la victoria de Cristo en Él.

Esta misma mirada de conversión va dirigida a cada uno de nosotros, a todos aquellos que, como Pedro, también hemos acogido la llamada del Señor y estamos dispuestos a seguirlo. Lo realmente difícil no es percibir esta llamada, pues la iniciativa



es siempre suya y es Él el que sale a nuestro encuentro y pone en nuestro corazón el deseo de seguirlo. Lo que supone un acto de confianza permanente es permanecer en su amor. Nuestra fragilidad, nuestro pecado, nuestra desconfianza y, también, nuestra autosuficiencia y nuestro creer más en nosotros mismos que en la acción de la gracia en nosotros, nos lleva a vivir en un estado de conversión permanente, caminando cada día hacia la santidad que el Señor había pensado para todos nosotros. Basta con hacer silencio, con abrir el corazón en su presencia, con mantener nuestra mirada en su mirada, en ese tú a tú con el Señor, para que nos haga conscientes de todas nuestras negaciones y de todo el amor que quiere regalarnos si somos capaces de volver el corazón una vez más a Él. Cuántas veces también nosotros lo negamos cada día o cuántas veces no nos dejamos lavar los pies. **La mirada de conversión de Jesús en nuestra propia vocación significa dejarnos conducir por Él**, aprender a reorientarlo todo desde Él, estar dispuesto a vivirlo todo desde Él, dejarnos modelar de tal manera que poco a poco vaya consiguiendo de nosotros esos discípulos misioneros dispuestos a darlo todo por su amor. Una mirada de conversión a su amor.

Y es en esta disponibilidad, en este deseo de permanecer en Él, con las fragilidades de cada día, donde recibimos **la tercera mirada de Jesús**, aquella que **nos lanza a la misión**, aquella que ayuda a pasar del abatimiento a la transfiguración, pero no de Jesús, sino de nuestro corazón. Es la mi-



rada amorosa de Jesús que nos muestra la verdad de nuestra vida, quienes somos y lo que estamos llamados a ser, y todo lo hace desde el amor, con una invitación clara a vivir, a permanecer y a anunciar el amor recibido.

“Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17)

Pedro ha recorrido este camino de abatimiento. Ahora está preparado para acoger la misión en el amor que el Padre le tenía preparada. Su corazón ha sido renovado, transfigurado, en un camino donde Jesús lo ha ido acompañando en el amor. Ahora está preparado para servir a sus hermanos desde el proyecto de Dios, porque toda

vocación debe ser entendida desde la capacidad de amar y servir. Descubrir la vocación es descubrir desde donde el Señor quiere constituirme en buena noticia para los demás. Así nos lo dice el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: **“La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás”** (n. 273).

Seamos capaces de recorrer este itinerario de fe. Seamos capaces de dejarnos mirar por Jesús y vibrar por la fuerza de su llamada. Seamos capaces de convertir cada día nuestra vida para caminar hacia la verdadera alegría, que es el camino de la santidad. Seamos capaces de asumir nuestra misión de sal y luz en medio de nuestro mundo desde una propuesta vocacional, ayudando a todos a volver sus vidas a Cristo y a

dejarse sorprender por la fuerza de su mirada, que llama, invita, propone, acompaña y siempre nos salva.

“Él es el amigo que nunca falla”. Su mirada es la del “amigo que nunca falla”, porque es la de aquel que nos acompaña y nos muestra el camino de la verdadera felicidad, el camino de nuestra vocación. Una llamada a seguirlo, a vivirlo y a entender nuestra exis-

tencia como el anuncio constante de una vida que libera y plenifica. Todos estamos llamados a la amistad con el Señor, ésta no es el privilegio de unos pocos agraciados, sino que todos hemos sido creados para establecer esta íntima relación con Él. Al igual que, desde esta vivencia, todos estamos invitados a anunciarlo, desde la vocación a la que cada uno haya sido llamado.

## PARA EL TRABAJO PERSONAL Y DE GRUPO.

### VER, Mirada creyente.

La vocación es un don, el Señor toma la iniciativa. No nos propone un idea, una ideología. Él mismo es el modelo: “Venid y veréis”.

Dedica un tiempo de oración y pregúntate ¿En qué momentos del día, de la semana, del año, he sentido el paso de Dios en mi vida? ¿Qué llamadas he percibido a lo largo de mi vida? ¿Qué llamadas percibo actualmente, en la realidad que vivo?

¿En qué cosas veo que el Señor me ha ayudado a crecer? ¿En qué aspectos he experimentado una mayor conversión?

### Comparte un hecho con tu equipo de vida

### JUZGAR, Reflexión creyente.

Dios sale a tu encuentro, te ama, te busca, te mira y te llama. Dios no cesa en su empeño de amarte de hacerte descubrir el amor. El Señor no necesita tus fuerzas, tu sabiduría, necesita tu corazón herido, tu debilidad para que habite en ti.

El apóstol Pedro recorrió el camino del abatimiento. Solo desde la humildad se puede acoger la voluntad de Dios. Si permanecemos fieles descubriremos la voluntad de Dios en nuestra vida.

Jn 1, 42. Jesús se le quedó mirando.

Salmo 26 ‘Espera confiada’.

Mt 4, 19-20. Lo dejaron todo y le siguieron.

Mt 16, 24. Toma tu cruz y sígueme.

Lc 22, 56-62. La negación de Pedro.

Evangelii Gaudium 273. Eres una misión en esta tierra.

¿Qué significa para ti que Dios sale a tu encuentro, te ama, te busca, te mira y te llama?

¿Te reconoces a ti mismo ¿como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar?

A raíz de estos textos ¿Qué nuevas llamadas recibo en mi vida?

### ACTUAR, Compromiso creyente.

Toda vocación debe ser entendida desde la capacidad de amar y servir. Descubrir la vocación es descubrir desde dónde el Señor quiere constituirme en buena noticia para los demás.

#### A nivel personal

¿Qué puedo potenciar en mi Proyecto Personal de Vida Cristiana para crecer en mi respuesta al Señor?

#### A nivel grupal

¿Qué puedo aportar para que en mi parroquia la clave vocacional ayude en la renovación misionera? ¿Qué puedo aportar para ayudar a revalorizar el papel de los laicos?

Formula un compromiso concreto y realizable.